



Imaginaciones territoriales para después del final (Argentina, siglo XXI)

Mariana Catalin

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
Consejo Nacional de Investigaciones científicas y Técnicas
Universidad Nacional de Rosario

Lucía De Leone

Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones científicas y Técnicas

En el marco del X Congreso Internacional *Orbis Tertius*, que tuvo lugar en la ciudad de La Plata en mayo de 2019, coordinamos el simposio “¿Urbano o rural? Territorios del final en la literatura argentina actual”. Por entonces nos preguntamos cuáles habían sido y cuáles eran los territorios que habilitaron imaginarios para después del final en ciertas zonas de la narrativa, el teatro y las artes visuales en la Argentina del siglo XXI.

En ese momento, para abrir las discusiones, elegimos partir del clásico estudio de James Berger *After the end. Representations of post-apocalypse* (1999). Allí, Berger sostenía que, si bien el sentido de crisis que marcó la Modernidad no había desaparecido, desde fines del siglo XX se imponía la visión de que la catástrofe final ya había tenido lugar. Su abordaje de la generalizada sensibilidad postapocalíptica en la cultura norteamericana partía del reconocimiento de la fascinación horrorosa pero a la vez placentera que generaban esos imaginarios. Y ahondaba en cómo los mismos se volvían cada vez más atractivos a medida que aumentaban su verosimilitud y la sensación de su inminente necesidad. Pero, a la par que reconocía esas limitaciones, mostraba cómo, si se pone en el centro el carácter oximorónico de la fórmula, si nos desprendemos del resguardo que supone afirmar que es solo una figura retórica pero también del que implica pensar pasajes lineales y definitivos, esta podía volverse potente. Porque, si no se anula la paradoja que supone pensar “después del final”, esta nos obliga, desligando

consumación radical de consumación absoluta (Didi-Huberman), a mantener la imaginación entre la radicalidad y la inmanencia (Kermode).

En esa tensión, el rediseño de los territorios adquiere un papel central. Los imaginarios para después del final proponen cronotopías singulares, que, sosteniéndose entre la lectura en clave de ese futuro en relación con el presente y la apertura de variables que desestabilizan cualquier extrapolación, ponen en juego, según la distinción de Benjamin Kunkel, desde espacios derruidos o en vías de extinción a espacios estructurados por controles autoritarios o en los que se dispone una gestión del final en el orden presente que tiene como horizonte algún tipo de nueva normalidad. Todo esto obliga a preguntarse, entonces, por las formas de soberanía, la asignación de ciudadanías, la configuración de comunidades alternativas y el papel del Estado en ese tránsito de temporalidades tan expandidas como entrecruzadas que abren un nuevo ordenamiento político de los cuerpos y los territorios.

En este contexto, el dispositivo campo/ciudad con todo su arsenal simbólico alegórico, desde el que la mirada ideologizada construyó la tradición nacional en aras del progreso o en clave melancólica, se presenta como un eje de revisión ineludible a la hora de pensar los sitios que las ficciones encuentran para instalar escenarios de cataclismos. Si los imaginarios de lo rural, lo urbano, lo natural, lo artificial (regidos y generizados por una heterocisnormativa nacional y racializada) se fundaron, incluso literariamente, sobre sueños civilizatorios y proyectos de modernidad sociocultural, hoy, que asistimos a los efectos medioambientales y geopolíticos de las economías neoliberales y extractivistas, encontramos un conjunto de ficciones que ponen en jaque esas organizaciones, regulaciones y distribuciones consabidas de territorios y cuerpos.

Se sabe que han sido las ciudades los sitios preponderantes de localización de fábulas del final: la catástrofe natural, la invasión extra e intraterrestre, la expansión de cepas virales mortales, la escasez de los recursos naturales, la dominación robótica y cibernética sobre la especie humana. Sin embargo, parecería ser que, desde los últimos años, el territorio rural –amenazado en sus motivos fundacionales y territorializantes– comienza a constituirse en un

emplazamiento privilegiado de imaginarios apocalípticos sobre el destino de la tierra, las poblaciones, las especies y las formas de vida.

En el Simposio, entonces, fuimos desandando estas preocupaciones y revisando las alternativas que se abrían a partir de la puesta en juego de diferentes formas de final y las operaciones de territorialización y desterritorialización que estas possibilitaban. Decidimos en ese entonces armar, durante el 2020, un dossier con las presentaciones. Cuando en marzo de este año tuvimos que escribir la convocatoria, el contexto había cambiado inexorablemente. La reciente expansión del Covid-19, caracterizada por la Organización Mundial de la Salud como pandemia, ha vuelto a complejizar los imaginarios sobre el final, la configuración de los territorios y los modos de habitabilidad y circulación que estos disponen. ¿Cómo sostener la fórmula “después del” cuando las lógicas del final en su inminencia se vuelven acuciantes? ¿Cómo afecta (en el sentido amplio del término) la enorme masa discursiva (teórico-crítica-testimonial-ficcional) producida en torno a “este final” nuestras maneras previas de pensar “los finales”?

Ahora que todes somos sospechosos y posibles transmisores del virus, las formas de vinculación social, corporal, amorosa y el discurrir de los afectos se han visto absolutamente amenazadas en sus formas previas de expresión y manifestación, y exigidas de reinvención en el tránsito entre el aislamiento social preventivo obligatorio y el tiempo de la espera hacia la nueva normalidad. Diferentes pensadores han desarrollado ya una discusión intensa sobre las implicancias de la pandemia, que fue variando entre su decreto y la actualidad, pensando otras temporalidades, como la suspensión y la expectativa, postulando futuros alternativos y reformulando los modos de movimiento. El “optimismo” de Slavoj Žižek entró en diálogo con posiciones más críticas y radicales como las de Giorgio Agamben, Bifo Berardi, Byung-Chul Han y Paul Preciado. Estas voces intentan imaginar una salida que vehicule “solidaridad social, contacto, igualdad” (Berardi) o la posibilidad de construcción de “nuevas estrategias de emancipación cognitiva y de resistencia” a partir de la reapropiación de “las técnicas de biopolíticas y de sus dispositivos farmacopornográficos” (Preciado). Pero a la vez alertan sobre la propagación del pánico colectivo al contagio y teorías conspirativas por parte de los medios y las autoridades, la militarización en el

espacio común como promesa de seguridad y cuidado, el cierre de fronteras como expresión de soberanía, la posible instalación de dispositivos de cybercontrol y un “Estado policial digital” basado en el manejo del Big data exportado desde China (Byung-Chul Han). También llaman la atención sobre el desplazamiento de “las políticas de la frontera (...) hasta el nivel del cuerpo individual” (Preciado) y los efectos aún inimaginables del colapso de la dimensión subjetiva y la psicodéflación (Berardi).

En un contexto que parece volverla urgente, este dossier aspira a reabrir la interrogación en torno a los territorios del final en distintas figuraciones artísticas argentinas actuales. Estas, atravesadas por los impactos de las tecnologías biogenéticas, informáticas, sanitarias, de vigilancia y de administración de las libertades que el capitalismo en su estadio gore, global y ecocida impone a las distintas formas vivientes, problematizan en escenarios posutópicos el gobierno de la vida y la muerte, disputándole a la ciudad, en especial a Buenos Aires – entendida como prisma privilegiado del mapa nacional –, su papel central, para pensar otros agenciamientos comunitarios más allá de la herencia sanguínea, de las asignaciones territoriales, de la matriz heterocisnormativa y de la nación.

Para reflexionar sobre estos problemas el índice propone un recorrido. Parte del final de Michel Nieva, un final que ya ha ocurrido y nos instala en la época del Capitaloceno. El arte y el teatro sincronizan y, a la vez, generan una disrupción: nos presentan un desierto en el que se redefine políticamente la sintaxis de lo vivo y de lo no vivo, y en donde la relación entre obra y ambiente pasa a estar regida por la destructividad radical. La mirada de Nieva se detiene entonces en *Pornopetróleo* (instalación de la artista neuquina Pao Lunch) y su presentación de la Patagonia a partir de los souvenir turísticos pero del extractivismo que dejan de lado el paisaje para mostrar solo los escombros, y en *Petróleo* (obra de teatro escrita, actuada y dirigida por el grupo Piel de Lava) en donde explotación de la naturaleza y de los trabajadores se iguala y la obediencia al mandato capitalista de productividad se muestra en correspondencia con el acatamiento de un mandato performático de masculinidad hegemónica.

Desde el sur entonces, desde esa Patagonia que no es paisaje, se abren dos caminos. El primero de ellos, se arma a partir de los artículos de Ana Neuburguer,

Cecilia Sánchez Idiart y Mariana Catalin. Si el artículo de Nieva desplaza la noción de ruina, Neuburguer y Sánchez Idiart vuelven a ponerla en el centro pero en estrecha vinculación con la idea de resto y, asociada a esta, las de excedente, basura, residuo, desecho y, también, escombros. Neuburguer la utiliza para ir hacia el norte del territorio nacional, a aquellos lugares que, como Chaco, fueron negados para crear las geografías del presente, a través de *El viento que arrasa* de Selva Almada y *Bajo este sol tremendo* de Carlos Busqued. Allí, los restos no solo se asocian a un imaginario decadente sino también al de la resistencia material, convocando todos los matices que surgen cuando se saca al concepto de la cadena sinonímica para pensarlo como englobante: su tendencia a la conservación pero también su posibilidad de constituirse en una amenaza; su supervivencia triunfal pero, a la vez, precaria. Entre estos restos, el paisaje y los personajes de las novelas tienen lugar agenciamientos singulares que desarman el posicionamiento soberano del sujeto y que obligan, como en el caso de Nieva, a repensar la noción de paisaje. Y se abre aquí un problema que queda señalado en una nota al pie pero sobre el que sin duda nos veremos obligados a reflexionar: la necesidad de poner en juego el tiempo geológico para pensar una posible historia descentrada de la escala humana (Morton).

Por su parte, Sánchez Idiart nos lleva directamente hacia afuera, hacia Berlín occidental con *La ingratitud* (1990) de Matilde Sánchez y hacia Pripyat en Ucrania con *Cuaderno de Pripyat* de Carlos Ríos. Los finales que convoca Sánchez Idiart son puntuales y ya pasados (la caída del muro de Berlín y la explosión del reactor nuclear de Chernobyl) pero parecen expandirse desde sus referencias concretas. Sánchez y Ríos nos envuelven en un clima de fin de época y de catástrofe aunque sin decantar en la clausura definitiva de la historia. Y es en función de esa no clausura que se vuelve central otro problema ineludible en la exploración de los imaginarios territoriales para después del final: los modos de producción de lo común que ponen en circulación formas otras de los afectos y de la apropiación de los espacios.

La tercera posta en este camino se ocupa de las novelas *Mara* (2014) de Lucas Ryan y *Quema* (2015) de Ariadna Catellarnou. Si bien el artículo de Catalin

no retoma el concepto de resto o ruina, se inscribe en esta línea porque analiza cómo los imaginarios para después del final que proponen esos libros abren otras geografías que parecen desprenderse incluso del “ya no” cuando se intenta pensarlas en función de las distribuciones dicotómicas que organizaron el territorio nacional, y lo hacen justamente a partir de figuraciones singulares del “desierto” y de lo yermo en las que el clima no es solo un factor aleatorio sino que se muestra de forma singular como “tiempo que hace” (Danowski y Viveiro de Castro). Figuraciones en las que se piensa el surgimiento de un nuevo orden, pero no solo en relación con la imposición de modos de control estatales, o propias de la supervivencia, sino también en contacto con la necesidad de descubrir formas del equilibrio.

Se abre aquí la segunda línea que pone el énfasis en el otro aspecto que plantea el artículo de Nieva: pensar las relaciones entre final y territorio a partir de las formas de explotación del espacio que estas temporalidades exploran. Se suceden aquí las lecturas de María Laura Pérez Gras, y Martín De Mauro Rucovsky. Pérez Gras aborda *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara desde la idea de ucronía, lo que permite poner en el centro no solo la parodia sino también la especulación como herramienta para la revisión de tópicos y traumas del pasado. A partir de esta lectura se vislumbra la eventualidad del fin de un mundo, el mundo de la pampa como el fin del Mundo, convocando los problemas que plantea Bifo Berardi al final de su *Fenomenología del fin*. La especulación en torno a que el fin del mundo de la pampa podría no haber ocurrido y el encuentro de esas comunidades de otra forma de vida son leídos como una nueva praxis que supone un movimiento hacia un tercer espacio cuasi utópico, que desestabiliza los movimientos territoriales necesarios para la implantación del sistema agropecuario exportador. Y es justamente en el devenir histórico de uno de los espacios centrales para la consolidación económica pero también simbólica del estado nación que se detiene el artículo de De Mauro Rucovsky: el matadero. El final que narra *Carne Propia*, el docuficción de Alberto Romero, es el del sueño nacional desarrollista. De Mauro Rucovsky analiza la reescritura de los imaginarios de lo rural y lo natural ligados a una matriz normativa de la heterosexualidad nacional que propone Romero desde una perspectiva animal. Cuerpos animales y

humanos se enlazan de manera singular en el matadero presentado como dispositivo biopolítico; presentación que, revisando los modos en que este se constituye a través de tecnologías de género específicas, permite volver porosas las fronteras especistas de la muerte, e invita a explorar las situaciones de domesticación y de cría como lugares de entrecaptura humano-animal.

En el cierre del índice, hay una salida. El artículo de Pablo Debussy propone una vuelta hacia atrás, a la novela *El cabeza* de Juan Carlos Martelli, analizando los vínculos entre territorialidad y poder, que ponen en juego la tensión entre lo nacional y los intereses internacionales. Agustín Hernandorena va hacia adelante y hace que esto más que una salida sea un bucle hacia el comienzo: repiensa la relación entre ciencia ficción y realismo a partir de la idea de premonición y, a la vez, de comprobación retrospectiva en la narrativa argentina actual abordando *Varadero* y *Habana Maravillosa* de Hernán Vanoli. Hay una tensión entre el hoy, el pasado y el mañana y los escenarios apocalípticos que analiza: las narraciones de futuros hoy en la literatura argentina ¿predicen o vuelve a decir?; las relaciones entre realismo y ciencia ficción ¿deben pensarse en función de los cambios en la realidad que cada vez más rápido se parece a lo que antes sólo podíamos imaginar como ficción, o en función de las posibilidades de la literatura de ponernos en contacto con lo aún inaprensible?

Así, las diferentes lecturas, incluso cuando deciden salir, vuelven a recorrer un territorio que aún tiene los límites de lo que pensábamos como Nación pero sin que esta funcione como principio cohesivo u homogeneizador. Nos vemos invitados a observar la puesta en cuestión de las representaciones ya tradicionales e incluso el movimiento más leve de simple desestimación: ¿qué es hoy el desierto?, ¿cómo salimos del campo?, ¿puede aún haber paisaje reconocible?, ¿cuáles son los nuevos centros de acción del capital que determinan los espacios? Las preposiciones y determinantes que marcan las preguntas evidencian que estos interrogantes surgen a partir de imaginar diferentes formas de final; el final de ciertas configuraciones previas (o su puesta en crisis) pero también el final de un/del mundo. Se impone entonces el horizonte como riesgo: la promesa del todo “constantemente oculto tras su gran «línea» huidiza” (Didi Huberman 67). La urgencia omniexplicativa. Pero, también, en ese arriesgarse al final pueden

comenzar a esbozarse imágenes (“Un accidente del tiempo que lo hace momentáneamente visible o legible” (Didi Huberman 67)) y reformularse la potencia de la inmanencia, generando un entramado sutil entre diferentes formas de la supervivencia y los (restos) de territorios que las rodean.

Bibliografía

AAVV. *Sopa de Wuhan*. Editorial Aspo, 2020.

AAVV. *La fiebre*. Editorial Aspo, 2020.

Berger, James. *After the End. Representations of Post-apocalypse*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.

Danowski, Débora y Eduardo Viveiros de Castro. *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja negra, 2019.

Didi-huberman, George. *Supervivencia de las luciérnagas*. Madrid: Abada Editores, 2012.

Kermode, Frank. *El sentido de un final. Estudios sobre la teoría de la ficción*. Barcelona: Gedisa, 1983.

Kunkel, Benjamin. “Dystopia and the End of Politics”. *Dissent* fall (2008): s/p. En línea.

Mortón, Timothy. *Hiperobjetos. Filosofía y ecología después del fin del mundo*. Ciudad Autónoma de Benos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2018.